

Siete ciudades de la Galicia de hoy





A la izquierda: Nuevos jardines en la zona ensanchada de los Cantones.—Arriba: La plaza de las Bárbaras, uno de los rincones más bellos y plenos de tipismo de la Ciudad Vieja.

A BRAZADA por el mar que la corteja, en el Orzán fiero, galán en Riaza, La Coruña brinda al que hasta ella llega el espectáculo riente de su extraordinaria belleza, en la que lo urbano, lo campesino y lo marinerero se entrelazan.

De día, el claro cielo y el azul del mar brillan y se reflejan en los mil cristales de sus galerías. De noche, millares de luces rielan en las aguas negras de la bahía, que aprieta en grandes abrazos de luz el faro de la Torre de Hércules.

El primitivo núcleo, llamado Ciudad Vieja, de calles silenciosas, casas con escudos nobiliarios, vetustos conventos y anchas losetas de piedra, se continúa sin transición con los modernos alineamientos urbanos de la antiguamente llamada Pescadería, hoy floreciente y hermosa ciudad. Avenidas modernas y amplias, cuya edificación mejora sin cesar; un festón de jardines, recientemente renovados según las más exigentes normas del arte jardinero, y espaciosas plazas, orladas de grandes edificios, son el escenario de un pueblo alegre, cortés y animado, que sabe ser cortés y divertido al mismo tiempo que serio y laborioso.

En íntimo contacto con la ciudad, el puerto dilata sus modernos muelles de atraque en una extensión de más de tres kilómetros, guarnecidos de grandes almacenes y provistos de utillaje, lo que le hace ser uno de los mejores y más frecuentados de la Península. Su movimiento comercial sobrepasa el medio millón de toneladas de mercancías al año, y la flota pesquera que en él tiene su base no sólo es una de las primeras de España y de Europa, sino que su producción vale más de 150.000.000 de pesetas anuales.

El clima de La Coruña es tibio y agradable. Ni suele bajar de los 10 grados ni exceder de los 22, y cuando alcanza esta temperatura, realmente moderada, todavía viene a mitigarla la suave frescura del viento nordeste, inseparable aliado del buen tiempo en la ciudad. Además de este atractivo natural tiene el insuperable de su contorno geográfico, lleno de rincones bellísimos de campo y playa, cuyo acceso se facilita por una excelente red de carreteras llenas de interés turístico.

En los últimos años La Coruña ha sentido una incontenible ansia de modernización y de progreso, impulsada por el tesón y el acierto de su alcalde, don Alfonso Molina Brandao. Fruto de este resuelto empuje ha sido la construcción en gran escala de hermosos edificios, en los que se alían la belleza de las proporciones y la eficacia utilitaria. Entre las nuevas construcciones se destacan el magnífico Estadio Municipal, capaz para 50.000 espectadores, con dos terrenos para fútbol, pistas de atletismo, de tenis, hockey y frontones; la nueva ciudad escolar con Escuela de Comercio, Instituto y Escuela del Magisterio de nueva planta; la estación del ferrocarril de Santiago y mul-

A la izquierda: El magnífico Palacio Municipal, en la gran plaza de María Pita.—Abajo: La Solana y el Hotel Finisterre, que figuran entre los atractivos de la estación estival.





La calle Real, cosmopolita y elegante, arteria urbana y núcleo de la ciudad.

Arriba: A la izquierda, típico y bello aspecto de la dársena coruñesa.—Abajo: En inmediata conexión con la bahía, tiene la ciudad el ritmo urbano de sus modernas edificaciones: nuevos edificios, entre ellos el Hotel Embajador y el Palacio de Correos, prolongan la ciudad hasta el límite portuario. El Real Club Náutico, en la dársena, centro de intensa actividad deportiva. Una perspectiva de los Cantones, antes de su reciente reforma.



titud de construcciones particulares de alto bordo. Los jardines de Méndez Núñez, viejo ornato de la población, han sido modernizados y son hoy lugar de esparcimiento lleno de encantos. En Santa Margarita, cima de la ciudad, se está realizando un bellissimo parque, que, una vez concluido, será gala de España, país de incomparables jardines.

Además de estos aspectos urbanos, La Coruña, dotada de grandes hoteles, provistos del más exigente confort, ofrece un nivel de vida sumamente agradable. Su cocina típica, basada en los sabrosos mariscos, algunos de los cuales no tienen rival en la Península, es de las más suculentas y deliciosas de España. Salas de fiestas, un casino de intensa vida social, el Club Náutico, aristocrático y deportivo, y otras sociedades, dan su nota de animación durante todo el año.

Pero, además, esta ciudad sabe ir a tono con los tiempos y aportar a la nación su laboriosidad utilísima. El capital coruñés ha patrocinado las más importantes realizaciones industriales de Galicia; el comercio, floreciente, presenta instalaciones llenas de buen gusto, y las industrias, consistentes principalmente en fábricas de tejidos, de conservas, de productos químicos y farmacéuticos, cuentan con numerosas y variadas factorías, a las que hay que añadir una importante fábrica nacional de armas y municiones.

Tal es, en rápido resumen, el retrato de esta ciudad galaica, escenario de brillantes acontecimientos nacionales e internacionales y lugar de descanso del Jefe del Estado, que todos los veranos busca en las profundas frondas que guardan el Pazo de Meirás, antigua residencia de la Pardo Bazán, el sosiego y la paz después de sus agotadoras tareas de estadista y reconstructor de España en esta difícil hora del mundo.



Moderno aspecto de la confluencia de la calle de Francisco Mariño y Juan Flórez, en pleno corazón de la ciudad.



BANCO PASTOR



Si otros merecimientos no concediesen a la ciudad hercúlica el rango que a ella otorgan su historia, belleza y actividad, fueran bastante para presentarla como una de las primerísimas capitales españolas sus soberbias arquitecturas graníticas, muestra en piedra erguida ante el mar Atlántico de la pujanza y poderío de la ciudad. El noble material, de tan personal carácter en las viejas construcciones gallegas románicas y barrocas, se



adapta aquí a las exigencias del moderno vivir, elevando y elegantizando sus líneas sencillas y precisas. Las modernas arquitecturas coruñesas son, en símbolo, bandera, mástil en piedra, de la afanosa voluntad de medro y poderío de una ciudad sin par, anclada en el Atlántico, adentrada en el mar, vigilante siempre, orgullosa de sí. La Coruña, con sus construcciones, descubre a los que a ella llegan por el mar, la mejor verdad de las Españas.

